

ECOS Y REFLEJOS

DULCE MARIA

Por Félix Lizaso

EN la profunda serenidad del atardecer, bajo un cielo diáfano de suave luz adormecida, nos congregábamos unos pocos fieles al espíritu de Dulce María Borrero, justamente al cumplirse el primer año de su muerte, allí donde el silencio toma cuerpo y la vida parece volverse al interior, para ser eco de emociones y de recuerdos.

En el trayecto habíamos ido reviviendo momentos de aquella existencia, de aquella exaltación suya por las cosas del intelecto, de aquel desinterés con que se había dado a tantas empresas de dignificación de los seres, iluminada siempre por resplandores de generosidad y de confianza en la obra creadora y redentora del espíritu. Después, la voz de la amistad nos acercó a aquel fervor que nunca estuvo ocioso de empresas nobles. Era la voz de Fina Forcade, unida a Dulce María por lazos entrañables a través de esfuerzos comunes y heroicos por la dignificación humana. Sus palabras se desleían en el silencio de la tarde profunda, reviviendo en puntos luminosos aquella luz que nos alumbró y que, al parecer opacada para siempre, continuará iluminando en muchas conciencias. Y otra voz amiga vino después a herir el silencio en un afán de acercarnos a la estela de aquella vida, que es una estela de amor y de comprensión, de vigilante anhelo por despertar a su alrededor los supremos intereses de la poesía y de cuanto tuviera significación artística. Antonio Iraizoz, por milagro de la emoción y por acendrado sentido valorativo, nos dió la imagen clara de aquella mujer que transmutaba en esencia poética todo el amargo y áspero contacto con la realidad.

El fino espíritu artístico, propio de la formación familiar, fué sobresaliendo en Dulce María, que muy tempranamente da muestras de su facilidad poética, figurando en Arpas Amigas sus primeras composiciones. Un libro ya de madurez, editado en Berlín en 1912, con el título Horas de mi Vida, es su gran contribución al momento lírico. Pero no es una definición de escuela, sino una afirmación de lo que será característico en su poesía: la pura y auténtica emoción humana, el anhelo

de apresar las fugaces notas íntimas, sin preocuparse por la innovación en las formas, acaso con un breve dejo de escepticismo, que no llega a la nota pesimista, como apuntó acertadamente Pedro Henríquez Ureña. Formada en los momentos en que se afirmaba el modernismo, en contacto con lo más representativo de ese momento en Cuba, no sufrió sin embargo ningún vasallaje de escuela, pudiendo encontrarse la influencia de ese momento más en el modo de sentir los temas, que en su expresión verbal. Un ritmo discreto, de intimidad acariciada por suavidades interiores, da el tono a su poesía, que busca la sencillez y prefiere las simples esencias poéticas.

La lectura de una pequeña selección de sus poemas, completó el tributo que le rendimos. Eran como pétalos que se esparcían sobre la losa cuajada ya de flores. Las flores que fueron su encanto y la predilección de su pincel. Las flores evocadas tan justamente por Iraizoz para definir el significado de la vida que allí yacía materialmente, pero que perfumaba con la obra de su espíritu su rastro por el mundo.

Aparentemente silenciada su poesía, cuando todavía resonaban las voces alentadoras de Rubén Darío, de Rodó, de Henríquez Ureña, lo cierto es que no hizo otra cosa que transmutar la forma de su inspiración. Pero su aporte poético no podrá faltar en las antologías. Y entre sus composiciones prendemos en este recuerdo, como una de las más admirables, su soneto "El remanso", gran acierto de forma en la pintura de un fino paisaje que se conjuga con su estado de alma propio:

Bajo el arco fresco del ramaje umbrío de los arrayanes que bordan la orilla entre la guirnalda florecida, brilla como una pupila de esmeralda el río.

Y es la transparencia de sus aguas (puras, inmovilizadas, tan serena y honda, que se unen la fronda sonora y la fronda del cristal, formando dos grutas oscuras.

Del airón altivo de una palma enhiesta oculto en los flecos, con trinos de fiesta modula un sinsonte sus claras octavas, mientras doblegados amorosamente, con leve murmullo besan la corriente los penachos líricos de las cañas-bravas.

Entregada a variadísimos empeños culturales, luchó con denuedo por levantar el plano en que se desenvolvían las actividades femeninas en Cuba, y puso todo el tesón y el apasionamiento que atesoraba en las primeras campañas que se libraron para colocar a la mujer en posesión de sus más legítimos derechos. Un gran sentido de la

2

justicia social alentó en todos sus empeños, mucho antes de que fuera moda entre nosotros tal propaganda.

De su paso por la Dirección de Cultura, donde supo mantener el legado espiritual que recibiera de manos de Chacón y Calvo, a raíz de la huelga de marzo de 1935, mucho tendríamos que decir. Lo haremos en otra oportunidad. Pero bien sabemos sus amigos cuánto sufrió por la incomprensión y la doblez de que la hicieron víctima la incapacidad petulante, la deslealtad y la estrechez de criterios. Salió con una fe más acrecentada aún en la necesidad de redimir a la juventud, ayudándola en sus esfuerzos de superación, ayudándola a sentir profundamente los ideales más altos y nobles de la vida.

*M, m 19/46*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA